

## ASAMBLEA<sup>1</sup>

La primera realidad visible de la liturgia cristiana es la comunidad reunida, la asamblea.

En griego esta congregación de fieles se llama «synaxis». «Asamblea» viene del latino «assimulare», juntar, de «simul», a la vez.

Ya en el AT se dieron de modo muy significativo las grandes asambleas del pueblo de Israel, como en Ex 19-24, 1Re 8 y Ne 8-9, escuchando la palabra de Dios, dirigiéndole su oración y celebrando los gestos simbólicos de la alianza. Se sentían el pueblo convocado por Yahvé, el «qahal Yahvé». En el NT la convocatoria se produce en torno a Cristo Jesús y se llama sobre todo «Iglesia», «ekklesía», pueblo convocado y congregado. Desde la primera generación la asamblea litúrgica es una realidad importante en el conjunto de la vida cristiana, aunque ya desde muy pronto hubo que recordar a los más perezosos: «no abandonéis vuestra asamblea, como algunos acostumbra a hacer, antes bien, animaos mutuamente» (Hb 10, 25).

A lo largo de los siglos, «la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual» (CS 6), sobre todo para la Eucaristía dominical, porque el domingo es, ya desde la primera generación, el día por excelencia de la reunión de la asamblea cristiana.

La motivación no solo es pedagógica o sociológica -la asamblea litúrgica cristiana «desborda las afinidades humanas, raciales, culturales y sociales» (CCE 1097)-, sino más bien teológica: «en la celebración de la Misa los fieles forman la nación santa, el pueblo adquirido por Dios, el sacerdocio real» (IGMR 62).

El pueblo sacerdotal, la comunidad de los bautizados, se reúne para celebrar el misterio de la alianza, siempre con la convicción de la presencia, invisible pero real, de su Señor, Cristo Jesús, que prometió: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy y en medio de ellos» (Mt 18, 20). La asamblea es el lugar preferente de la presencia del Señor.

---

<sup>1</sup> José Aldazábal, **Vocabulario Básico de Liturgia**, biblioteca litúrgica 3, Barcelona 2002<sup>3</sup>. Pág. 42 - 43.

A la vez, cada asamblea litúrgica es la realización concentrada y la epifanía (manifestación) de toda la Iglesia: «en la asamblea que se congrega para la Misa... se hará visible la Iglesia constituida en su diversidad de órdenes y de ministerios» (IGMR 58; cf. IGMR 257).

La asamblea cristiana es la que celebra la Eucaristía, bajo la presidencia del ministro que la completa visibilizando al verdadero presidente, Cristo: «En la Misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es reunido, bajo la presidencia del sacerdote que hace las veces de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico» (IGMR 7).

Por eso, al reformar las celebraciones sacramentales y la Liturgia de las Horas, se ha tomado como uno de los criterios fundamentales el favorecer la participación activa por parte de toda la asamblea reunida, cuidando de modo especial lo más propio de ella: la escucha atenta, la oración y el canto en los momentos oportunos, las acciones sacramentales en las que participa, las aclamaciones y diálogos, etc.

Un documento en que se describe bien la importancia de la asamblea litúrgica para el pueblo cristiano es el que publicó la Congregación para el Culto Divino sobre las «Celebraciones en ausencia del presbítero» (1988): las comunidades sin presbíteros no podrán celebrar la Eucaristía, pero sí «la reunión de los fieles, para manifestar que la Iglesia no es una asamblea formada espontáneamente, sino convocada por Dios, es decir, pueblo de Dios orgánicamente estructurado y presidido por el sacerdote en la persona de Cristo Cabeza» (n. 12). «Jamás se apreciará suficientemente la gran importancia de la asamblea dominical como fuente de vida cristiana del individuo y de las comunidades, como expresión de la voluntad de Dios: reunir a todos los hombres en el Hijo de Jesucristo» (n. 50; cf. E 1378.1416)